

varla sin ocurrir a los medios violentos propios del jacobinismo, habría venido a ser un gobernante progresista y realmente útil para el adelanto de la civilización.”

Medellín, julio 16 de 1924.

ESTANISLAO GÓMEZ BARRIENTOS

“SEMBLANZAS HEROICAS”

“Pocas veces he visto a un asesino tan bien retratado. ¿No le parece a Ud. que esta es la filiación de ese hombre que acaba de salir.....?”

Bolívar.

El comienzo del año de 1824 fué época en extremo tormentosa y aciaga en tierras peruanas para la causa que pugnaba por la independencia de España. Insurreccionadas las tropas de Dámaso Moyano, apresaron al General Alvarado, al General Vivero y a sus oficiales, y enarbolaron en la fortaleza del Callao el Pabellón de la Península.

El entonces Presidente Torretagle, impotente para satisfacer sus exigencias de dinero, quiso aquietarlas con imposibles promesas que irritaron más y más los ánimos rebeldes.

El Congreso reunido a la sazón, no tuvo más esperanza para conjurar semejante cúmulo de males y detener la tempestad que violenta se desencadenaba por momentos, que volver los ojos al Libertador, a quien impuso de todo lo acaecido, y confiriéndole el más amplio poder dictatorial. Bolívar que, con su Estado Mayor, se hallaba a cincuenta leguas de distancia, y sus tropas a ciento (el ejército colombiano), pobre de recursos y con su salud en extremo quebrantada, respondía a los clamores del Congreso: “Vamos a salvar este triste país de la anarquía, de la opresión y la ignominia.”

Concentró todo su conato para conquistarse la voluntad de Necoechea, quien temeroso por naturaleza, quería evitarse resquemores y aparentes rivalidades con el General Enrique Martínez, de mayor graduación militar que él. A pesar de todo, Necoechea partió al fin para aquella Sodoma militar, encontrando el desconcierto más grande que imaginarse pueda: los Ministerios abandonados, el Presidente Torretagle y Berindoaga, Ministro de Estado, afiliados a los insurrectos y proclamando a voz en cuello: *combatir a los colombianos, únicos enemigos del Perú.*"

Bolívar, impaciente, desde Pativilca, esperaba ansioso el resultado de la prudencia de Necoechea. Impuesto desfavorablemente, dióse a la tarea de *formar un ejército de retazos.*

Animoso, y con la comfortable ilusión y optimismo que jamás le abandonaron, creyó en lo íntimo de su corazón contrarrestar tan difícil cuanto angustiosa situación, y fué entonces cuando llamó al Coronel Manuel Antonio López, y le ordenó escribir la siguiente proclama, dirigida más a una masa multiforme de insurrectos que a una Corporación constituida: "¡Peruanos! En menos de seis meses habéis experimentado cinco facciones o defecciones, causadas por vuestros mismos Jefes; las tropas del Río de la Plata han enarbolado el estandarte español en las fortalezas del Callao; se pasan por partidas a las filas del ejército español las tropas del ejército peruano; pero quedan algunos restos de las tropas de Colombia, y diez mil bravos más de la Patria de los Héroes que surcan los mares por venir a a libertaros. ¿Queréis más esperanzas?"

Semejante situación no le dejaba momento de reposo, y entre noches insomnes, y constante desasosiego, tenía en continuo movimiento a su Estado Mayor. Bien se le comparó hermosamente cuando se dijo de este hombre único "ser el sol de la libertad en el corazón del Nuevo Mundo."

Exhausto el Tesoro, no podía disponer de un marco, faltando por consiguiente la materia prima para una empresa de tamaña trascendencia. Sin desmayos, se dirigió al General Salom, Intendente en Quito, para arbitrar recursos de toda especie. Logró así allegarse doscientos y tantos mil pesos. Con esta suma adquirió "vestuarios, monturas y equipaje", y herraduras para caballerías. Con estos enseres equipó la tropa que en tan oportunos momentos llegó bajo las órdenes del General Córdoba. Reunió las caballerías dispersas y, ya tenemos a Bolívar con su ensueño hecho hermosa realidad en un término de dos meses.

Un poco más tarde, diversos grupos llegaron a engrosar sus filas, y fué maniobrando sabia y cautelosamente, hasta llegar después a la decisiva jornada de Junín.

Estoico vió pasar una a una las mil dificultades que se oponían a su proyecto creador, hasta peligrar en veces su propia vida.

En Huamachuco, viéndose precisado a pernoctar por corto tiempo para procurar a sus caballerías las herraduras que habían perdido al transmantar la cordillera andina, fué impuesto confidencialmente de que uno de los Jefes que llevaba consigo, estaba ofrecido de sus amigos con buena propina para asesinarle. Bolívar ignoraba quién fuera tan indigno e inmoral instrumento, pero ocasionalmente poseía la filiación. Cavilando, en las interioridades de su alcoba, logró contraer en su imaginación los rasgos fisonómicos de sus subalternos: salió e hizo comparecer a su presencia a un Sargento Mayor, chileno, que hacía dos días se le había reunido para la confección de los clavos y herraduras mencionados. Presente el Sargento, hizo que le acompañara a la sala de su habitación, entablado juntos el más amistoso coloquio. Mientras tanto, estudiaba atentamente la filiación que conservaba en la dies-

tra, quedando íntimamente convencido de la autenticidad de su enemigo.

Tan bondadoso y amable como nunca con otra persona, se mostró con él, diciéndole al final, para desembarazarse de sus servicios: “Los Jefes y Oficiales que se unen conmigo, y que generalmente corresponden a mis esperanzas, siempre son colocados dignamente: Ud. irá de Comandante de armas a un buen pueblo: ocurra luego al Estado Mayor a recibir órdenes.”

Muy ceremonioso se retiró el Oficial y al parecer agradecido de las bondades del Libertador, y salió inmediatamente, quizá para siempre. Bolívar, luego que hubo terminado su ingeniosa caza, volviéndose al Coronel López le dice: Pocas veces he visto a un asesino tan bien retratado. ¿No le parece a Ud. que esta es la filiación de ese hombre que acaba de salir?

*
* *

Con tan admirables factores, era imposible que fracasara la causa justa de la libertad de un pueblo.

*
* *

Una y mil veces, y magistralmente narradas se ven a diario anécdotas del Genio que se encarnó en Bolívar, pero éstas, como las predicaciones evangélicas, se amoldan perfectamente al dicho popular: “siempre viejas y eternamente nuevas.”

De Bolívar no se dirá jamás lo merecido, ni su gloria escatimarán los siglos. Cabe repetir con el inmortal Rodó: “Grande en el pensamiento, grande en la acción, grande en la gloria, grande en el infortunio, grande para magnificar la parte impura que cabe en el alma de los grandes, y grande para sobrellevar, en el abandono y en la muerte, la trágica expiación de la grandeza”.....

BERNARDO PUERTA G.